

POLÍTICA MATONESCA

Por algo llaman a Maura hasta los conservadores “el hombre de los desplantes y las frases”. Su oratoria, en fuerza de ser arrogante, se convierte en matonesca y no formula una queja el país sin que él la conteste con amenazas irritantes.

Quiere Maura ser un político de carácter bien determinado, y ha escogido el de valentón parlamentario, pues solo abre la boca para insultar al país.

Sometido en absoluto a los jesuitas, a cuyas residencias se retira a hacer ejercicios cuando siente la voluptuosidad de embriagarse con nubes de incienso y pláticas dulzonas, aspira Maura a ser el sostenedor brioso de los intereses y el predominio de las órdenes religiosas. Ya que no puede alcanzar el título de “Espada de la Iglesia”, como el apóstol, quiere merecer el dictado de “Garrote de la clerecía”, y colocado entre un fraile traidor y la nación que protesta, no duda en inclinarse de parte de aquel.

Nos gustan los hombres como Maura. Incapaz de atenuaciones y componendas, manifiesta francamente sus simpatías por aquellos que considera como correligionarios.

¿Que Nozaleda es un traidor? ¿Que resulta un sarcasmo para el país relevar a aquel a un alto cargo después de su conducta vergonzosa? Es fraile y esto basta para que el político que representa en el poder el neismo y la tradición clerical de los Borbones, lo defienda e intente justificarlo, desafiando la protesta de toda la nación.

¿Qué se rebelará el país ante este atentado? Pues Maura acoge su protesta con insultos y le amenaza, lo desafía, con el valor mezquino de la impunidad, con la entereza artificial del que cuenta con los fusiles de la fuerza pública, sabiendo por adelantado que no es él quien ha de bajar a la calle para arrostrar las iras populares, sino los pobres soldados, que tal vez odien más a Nozaleda que el mismo pueblo, pero al fin autómatas, de la disciplina, van adonde les mandan.

Solo en un país decadente, con la pasividad de la anemia, puede encontrarse ese tipo del político matonesco. En toda Europa, examinando lo mismo las grandes potencias que las naciones minúsculas, es seguro que nadie encontrará un ejemplar de gobernante parecido a Maura. Únicamente podría hallarse su pareja en alguno de esos Estados de América donde nunca falta un general o un doctor que asalta la presidencia gracias a la audacia, y se sostiene en ella algunos meses por medio de las bravatas.

En todos los países progresivos y modernos, gobernar supone prudencia y transacción: únicamente en la España de los Borbones puede verse el arte político convertido en un sistema de violencia, amenaza e insulto.

España protesta al ver que se da un alto cargo a un mal español. Valencia, que es la provincia cuyo patriotismo jamás se vio manchado con el más leve intento de propaganda separatista, no quiere admitir a ese fraile sin dignidad que por conveniencias particulares abandonó a su nación para irse con los enemigos mientras estos le toleraron. Pues ¡abajo España! y ¡que se calle Valencia! Maura tiene empeño en colocar a su amigo y correligionario y contestará a tiros a todos los que osen protestar.

Afortunadamente, estos matonismos tienen escasa trascendencia. Una cosa es pronunciar discursos en el Congreso, y otra hacerlos efectivos en las calles.

Repetimos que nos gusta ver a Maura tan arrogante.

El asunto Nozaleda no se ha de resolver en ningún salón de sesiones, sino en las calles de Valencia, y deseamos que sea cuanto antes para acabar esta cuestión tal como merece.

Échela de matón cuanto quiera el elocuente Maura.

Siempre que un régimen va a morir, surge como tremenda ironía de la historia un bravo que lo defiende con toda clase de amenazas, y termina su corta carrera de testafarro tremebundo, echando a correr.

Más *guapo* que Maura y más insolente para el país fue González Bravo en los últimos tiempos de Isabel II, y sin embargo, nadie recuerda que realizase otra hazaña al ver el país en revolución, que abandonar a toda prisa la causa defendida antes con arrogancias e insolencias.